

Eugenio el Moralo

FUE un mozo viejo, que murió hace años en la calle de la Paloma. Figura racial pura del grupo manchego, en su variante de la de Hilario el Repretao. Alto, anguloso, sano y fuerte; buen semblante, con la piel curtida por el sol y los aires, ojos alegres, claros, con brillo cambiante como el de las gemas talladas. Boca grande, como los pies y las manos, enormes, huesudas y duras.

No abandonó nunca el pantalón de mandil, como mi padre, ni el gorro en la cabeza y la blusa azul, anudada delante.

Era muy inteligente. Perfectamente dominado en todo, ni fumaba. Gastaba sus ocios en la lectura y tenía muchos conocimientos geográficos.

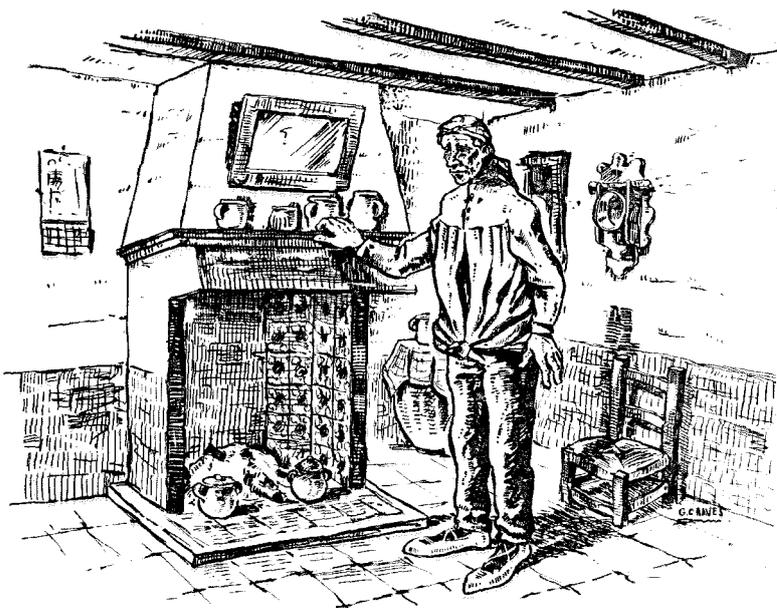
Pausado pero irritable, era el tipo perfecto del filósofo iletrado que produce la sequedad de nuestra tierra, el cabezalero, ese hombre viejo que lleva la palabra, el que tiene que hablar cuando hay que ir a algo.

Su personalidad robusta se manifestaba en el detalle de la naturalidad. Cualquier *menestral* leído se denuncia a sí mismo por la afectación y por el uso indebido de las palabras. Eugenio hablaba como le correspondía y con mucho conocimiento.

Como Diógenes en su tonel, vivía en su cocina, altivo y austero, con la puerta abierta y un estoicismo espontáneo a prueba de toda clase de sorpresas.

Esta es la cocina de Eugenio, tal cual está hoy, que es como estaba entonces, solo que más ordenada que en su época, con algún puchero demás, mayores y de otra hechura que los usados por él. Tampoco hay serrijos.

Su figura no es exacta, pero no es poco que la plumilla de Chaves nos haya dado esta imagen aproximada a través de explicaciones imprecisas. Le falta rudeza, vigor físico, firmeza y exaltación mental, como apreciarán cuantos le conocieron. Aquella mirada de iluminado, que él hurtaba a la observación y cuyo fuego parecía que le iba a saltar los cascos.



¿Qué prisa es esa?

Andando por los caminos se aprecia el apacible ir y venir de nuestros hombres, una veces en carro y otras en caballerías.

La marcha sosegada de los que cabalgan tiene un momento de interrupción constante, al enfrentarse con el que va a pie. El caballero, a pesar de su ventaja, quiere aliviar entonces.

—«¡Vamos, borricol!»—exclama, tirándole del ramal. Y le dá un palo.